

Capítulo Cl.

La batalla de Aceapichtlan.

Convencidos los mejicanos de que sus fuerzas eran ineficaces para combatir con los españoles, decidieron ir sobre Chalco, ciudad muy importante y aliada de los españoles.

Conveniales mucho hacerse dueños de su territorio, porque está situada entre Tlascala y la Veracruz.

Los de Chalco llamaron en su auxilio á los de las provincias de Güexocinco y Guacachula.

Al mismo tiempo pidieron á Cortés algunos refuerzos.

—Señor,—le dijo el encargado de esta importante mision,—los mejicanos acuden en tropel á nuestro territorio. Su actitud amenazadora nos hace temer por nuestra seguridad. Si estimais nuestra leal adhe-

sion, si apreciáis la sincera amistad de la que tantas pruebas os hemos dado, auxiliadnos, evitad que los enemigos nos avasallen: de este modo, además de nuestra gratitud, podreis conservar por esa parte un camino seguro y en comunicacion con la Veracruz.

—Pláceme que la suerte me proporcione esta ocasion de demostraros que no son estériles los sacrificios que habeis hecho en mi favor, que no es ingrato el que los ha recibido.

Pronto tendreis á vuestra disposicion á algunos de mis valientes compatriotas.

Uno de mis más valientes capitanes se pondrá á su frente, é irá á reunirse con vuestras tropas.

Una vez allí, dirigirá las operaciones del ataque, y como vosotros sois valientes y lo único que os falta es tener quien os guie, conseguido esto podreis luchar con los mejicanos en la seguridad de vencerlos.

El emisario dió las gracias al ilustre caudillo y corrió á participar á sus hermanos el buen resultado que habia obtenido.

Hernan Cortés dispuso que inmediatamente salieran á proteger á sus aliados trescientos españoles y quince caballos.

El mando de estas fuerzas le confirió á Gonzalo de Sandoval.

Este esforzado capitán se dirigió á Huaztepec.

Allí estaban de guarnicion los de Culúa, y apenas le vieron aproximarse salieron á su encuentro con ánimo de estorbarle el paso.

Sandoval arengó los suyos, y arremetiéndoles

pues con los caballos, les dió una carga que les obligó á retirarse dentro del pueblo.

Les siguió en su huida, le acompañaron las fuerzas de infantería, y la matanza que hicieron fué espantosa.

Los fugitivos abandonaron la población.

Los españoles se aprovecharon de aquella circunstancia para reparar sus fuerzas.

Se sirvieron de las provisiones que encontraron, y tambien dieron de comer á los caballos.

Despues registraron las casas, y en algunas encontraron ropas de finísimo algodón.

Un confuso griterío les distrajo de esta ocupación.

Los enemigos, mal escarmentados por la derrota anterior, se presentaban de nuevo en las calles en actitud hostil.

Por segunda vez les arrojaron á lanzadas del pueblo, durante más de una legua les persiguieron haciéndoles sentir el peso de sus armas.

Dos dias permanecieron los españoles en Huaztepec, y al tercero se dirigieron á Accapichtlan.

Habia allí tambien muchos mejicanos, y antes de empeñarse en una nueva lucha les invitó Sandoval á la paz.

Pero los enemigos, que estaban en situaciones ventajosas, y que comprendian que á donde se hallaban no podrian subir los caballos, despreciaron aquella proposición y comenzaron á arrojar una lluvia de flechas y piedras, amenazando al propio tiempo á los de Chalco.

Estos, aunque eran muchos, no se atrevian á acometerlos.

Pero los españoles, invocando á su protector el apóstol Santiago, cayeron con impetu sobre ellos, y á pesar de la resistencia que oponian y de su ventajosa posición, lograron apoderarse de la cumbre que ocupaban.

Al huir arrojaban sobre los españoles varas y piedras, causándoles algunos heridos y contusos.

Animados por el valor de las tropas de Saldoval, entraron tras de ellas los de Chalco y sus aliados, é hicieron gran destrozo en los de Culúa.

El terror de los vecinos fué tan grande, que muchos de ellos se despeñaron por un rio que por allí pasaba.

Muy pocos escaparon de la muerte, y la victoria de Accapichtlan fué una de las más señaladas para las armas españolas.

Mucho padecieron aquel dia las huestes de Sandoval.

Además del cansancio de la pelea, sentia una sed abrasadora.

Se hallaban cerca de un rio, y no podian aplacarla.

La sangre habia corrido en tanta abundancia, que sus cristalinas aguas se habian enturbiado.

Sandoval volvió á Tezcuco, en tanto que los de Chalco regresaban á sus casas.

Mucho sintieron en Méjico la pérdida de tantos hombres y el abandono de un lugar tan importante.

Tornaron á enviar sobre Chalco un nuevo ejér-

cito, antes de que se apercibiesen los españoles.

Aquel ejército obedeció con tal prontitud las órdenes de Guatimozin, que no dió lugar á sus enemigos de esperar socorro de Cortés, como lo pedían y confiaban obtener.

Pero los de Chalco, ante la inminencia del peligro, se juntaron todos y esperaron la batalla.

Esta tuvo lugar, y fué una de las más sangrientas.

Por fin salieron victoriosos los aliados de Cortés.

Mataron muchos mejicanos, y prendieron cuarenta, entre ellos un capitán.

Esta victoria se celebró tanto más cuanto menos se esperaba obtenerla.

Cuando llegó Sandoval con los mismos españoles que le habían acompañado al dirigirse la primera vez en auxilio de los de Chalco, ya habían estos vencido á sus enemigos.

No siendo ya necesaria su presencia, volvió á tomar el camino con dirección adonde se hallaba Hernan Cortés, y recogió los cuarenta prisioneros que habían hecho sus aliados para presentarlos al caudillo de los españoles.

Capítulo VII.

Un mensaje de paz que determina la guerra.

Sandoval, como es de suponer, dió cuenta de su expedición á Hernan Cortés.

—Llegué tarde á la batalla,—le dijo;—pero á Dios gracias, mi presencia no ha sido necesaria.

—¿Segun eso no se ha derramado sangre?

—Por el contrario ha corrido á torrentes.

—Explicaos.

—Los de Chalco, al ver que no llegaban los refuerzos que nos habían pedido, sacando fuerzas de flaqueza, esperaron el ataque de los mejicanos. Estos, que sabían que les faltaba nuestro auxilio, dieron principio á la lucha.

La batalla fué terrible.

La carnicería espantosa.

Nuestros aliados lucharon desesperadamente, logrando poner en fuga á sus enemigos.

—Mucho celebro que hayan obtenido tan feliz resultado, por más que sienta que nuestras armas no les hayan ayudado á conseguirlo; esto hubiera aumentado nuestro prestigio.

—Cierto es lo que decís; pero no os inquieteis por eso. Recientemente han tenido ocasion de saber lo que vale nuestro concurso y la prueba de que le aprecian en todo su valor, con los presos que traigo.

»—Tomad, —me han dicho al entregármelos, —ponedlos á disposicion del ilustre caudillo. Que vea en este acto la expresion de nuestra amistad, de nuestro respeto, del alto y merecido concepto en que le tenemos.

—Mucho me place ver confirmada la sincera amistad que nos profesan los de Chalco, y además esos presos pueden darnos una idea exacta de los propósitos que abrigan sus hermanos.

Y dirigiéndose á ellos por medio del intérprete:

—Vamos á ver, —les dijo, —si puedo conseguir mi más ferviente deseo: que no se derrame más sangre, que pueda entablar con los de vuestra ciudad la amistad que me une con los de muchas tribus del imperio.

—Eso nunca, —exclamaron; —hemos jurado vuestro exterminio, y pereceremos todos antes que doblegar la cerviz á un yugo extranjero.

—Meditad las palabras que pronunciáis, —les contestó; —estais en mi poder, y podria castigar vuestra osadía.

—No nos espanta la muerte. Además, si los que blasonan de valientes son capaces de asesinar á prisioneros indefensos, que no extrañen luego las represalias de nuestros hermanos.

Sorprendia á Hernan Cortés la arrogancia, la insolencia con que se expresaban los prisioneros, y su carácter altivo le aconsejaba vengar aquel ultraje.

Pero su prudencia le presentaba las consecuencias de arrebato, y sacrificando su amor propio, y dando oídos á la voz de la generosidad:

—Lejos de mí, —les dijo, —la idea de derramar sangre de prisioneros indefensos, por más que vosotros no hayais tenido esos miramientos. Bien es verdad que los que tenemos la conciencia de la justicia, de la causa que defendemos, no tenemos que apelar á ruines venganzas.

—Decid más bien que teméis que nuestros hermanos, indignados por vuestra conducta si tal hiciérais, no dejasen uno vivo; pero debemos ser francos: cualquiera que sea vuestro proceder, hemos jurado ante nuestros dioses vuestro exterminio, y cumpliremos este solemne juramento.

Cortés, sin desmayar en su propósito, iba cansándose ya de aquella guerra larga y dificultosa.

Deseaba á toda costa que cesasen las hostilidades, y animado por este afán, quiso apurar los medios conciliatorios.

—Yo os ruego, —les dijo, —que vayais á participar á Guatimozin mis intenciones. Que son pacíficas, humanitarias, lo prueba palpablemente la circunstan-

cia de que á todos os concedo la libertad despues de perdonarnos la vida, siendo así que aun está vivo en mi imaginacion el doloroso recuerdo de mis soldados asesinados vilmente; que deseo paz y amistad, tampoco admite duda.

Mi ejército valeroso y vencedor en cien combates, y los poderosos aliados que tengo, me proporcionarían una nueva victoria. ¿Pero para qué sacrificar más víctimas en la lucha?

Además, me contrista el considerar que se pierden esas almas. Desconocéis las verdades de la religion cristiana, y es para mí hasta un deber de conciencia procurar por todos los medios imaginables que cese la guerra, que seamos amigos, para difundir en seguida entre vosotros los beneficios de la civilizacion, y lo que es aun más provechoso, los misterios de la religion cristiana, única verdadera.

Así, pues, os lo vuelvo á suplicar por vuestro bien. Id á ver á Guatimozin; decidle de mi parte las ventajosas proposiciones que le hago, y si como creo, se interesa por el bienestar de su patria, las aceptará desde luego.

Las elocuentes palabras del caudillo produjeron excelente impresion en los que las escuchaban.

Pero la verdad era que no se atrevían á llevar al emperador aquella mision, temerosos de sufrir las consecuencias de su enojo.

Al ver que nada contestaban:

—¿Qué resolvéis?—les preguntó el caudillo.

Disponed de nuestra vida; estamos en vuestro

poder, y nos resignamos con nuestra suerte; pero por nada del mundo nos presentaríamos á Guatimozin con esa proposicion.

—Pero ¿por qué?

—Conocemos su carácter, y á las primeras palabras que pronunciáramos nos mandaria sacrificar en aras de los dioses. Creeria que deseábamos que cesasen las luchas, y calificando de cobardía lo que sólo era obediencia á vos, nos haria experimentar las consecuencias de su indignacion.

—Hay un medio sin embargo, de eludir vuestra responsabilidad.

—En ese caso, contad con nosotros. Os debemos la vida, y aunque enemigos, reconocemos la generosidad con que nos tratais.

—Yo puedo daros,—añadió el caudillo,—una carta, que aunque vuestro emperador no entenderá su contenido, será la prueba de que la proposicion la haceis en mi nombre.

—Pues entregádnosla, y correremos á llevarla.

Cortés puso en práctica lo que acababa de decir, y al poner en mano de los indios la mision, les proporcionó tambien cinco de sus soldados de á caballo para que les acompañasen durante el camino, y nada tuvieron que temer.

Los emisarios llegaron á Méjico.

Por el camino había acordado hacer caso omiso de la carta, é inventaron una fábula para justificar á los ojos de Guatimozin su evasion del poder de los españoles.

Guatimozin, sin embargo, pudo saber que los extranjeros deseaban la paz, y atribuyendo á cobardía este deseo, insistió más y más en hacerles cruda guerra.

Con este objeto, y para certarles la retirada, mandó que cincuenta mil mejicanos saliesen á apoderarse de Chalco.

Los de esta ciudad avisaron este suceso á Hernan Cortés, y le pidieron con urgencia refuerzos.

Acompañaban al mensaje una especie de plano detallando minuciosamente los pueblos y gente que sobre ellos venian, y los caminos que traian.

El dia en que recibió la noticia Hernan Cortés era Viernes Santo.

—Decidles, —dijo á los enviados, —que dentro de diez dias iré personalmente en su socorro. Nuestra religion conmemora en estos dias una de sus más brillantes páginas, y no nos es posible dedicarnos hasta que termine la Pascua á los asuntos terrenales.

Muchos sintieron los de Chalco esta negativa; pero no tenían más remedio que resignarse.

Mas al tercer dia de Pascua, viendo que se aproximaban los mejicanos, enviaron nuevo mensaje á Cortés reiterándole su súplica.

Durante este intervalo se presentaron á ofrecer obediencia y fidelidad al caudillo español algunas poblaciones vecinas.

Los caciques de Accapan, Mixcalcinco, Nantlan y otros pueblos dijeron que en su territorio ja-

más habian hostilizado á español alguno, y traian como presentes abundantes ropas de algodón.

Cortés los recibió y trató con afectuosidad, y se despidió de ellos, aceptando sus ofertas.

Quería acudir en auxilio de los de Chalco, y no podia perder tiempo.

A los pocos minutos partió con treinta de á caballo, y le acompañaban trescientos infantes, cuyo mando confirió á Gonzalo de Sandoval.

Llevó tambien veinte mil indios entre tlascaltecas y tezcucanos.

Aquella noche hizo alto en Tramanalco, donde por ser frontera de Méjico, tenían su guarnicion los de Chalco.